



José Guerrero en la Casa de Velázquez, en Madrid,
fotografía de Javier Campano, 1975. Archivo José
Guerrero.

Capítulo I

Siempre

Guerrero

Hay, sin duda, un José Guerrero esencial. Era evidente para quien lo conocía en persona, y no podía ni puede no estar en su obra, no ser su obra. Saltaba a la vista de quien lo conocía en el momento de su casi definitiva plenitud, la década de 1980 en España, teniendo alguna idea de su biografía y una visión general de su pintura, esa pintura suya que resultaba tan resplandecientemente actual como claramente originada en la eclosión del expresionismo abstracto, en el Nueva York de los años cincuenta, un Nueva York que era ya mito artístico —Pollock, Rothko, Motherwell, Kline, De Kooning, Newman...—, además de ser la ciudad en la que él vivía desde entonces, desde el mismo 1950, y desde 1953 como ciudadano de los Estados Unidos, aunque sin dejar de tener su presencia en España —Madrid, Cuenca, Frigiliana...— y en Granada, donde había nacido en 1914, fecha que parecía extrañamente lejana teniéndolo delante. A quien lo conocía en ese momento le sorprendía lo español que era, y, si se trataba de persona versada en granadinismo, que habría dicho su amigo Francisco García Lorca, lo granadino que era, lo que hacía ver automáticamente que era muy él, el que había sido siempre. Probablemente, esa evidencia sorprendía más por no haber vivido o conocido nada parecido que porque fuese tan rara en sí misma. Ya Picasso había asegurado que era más español cuanto más vivía fuera de España, cada vez más español. Pero en Guerrero se veía algo aún más concreto, más primordial, más esencial, como si siguiera siendo el muchacho con vocación de pintor que había sido medio siglo antes, en Granada, nacido y crecido en una familia modesta, trabajadora, y que aún no había salido de su provincia natal, de la que, de hecho, no salió hasta los veintiún años, y no por voluntad propia, sino cumpliendo el servicio militar, haciendo la

mili; como si siguiera siendo, incluso, alguien anterior, anterior a esa vocación pictórica y a casi todo. Esa sorprendente evidencia sobre su persona no negaba, no podía negar la del artista de larga carrera internacional que era entonces, con toda la experiencia que dicha condición suponía, con todas sus etapas y complejidades, felizmente sintetizada en aquella obra suya, en aquella pintura suya radiante de color, tan pictórica, fresca, tersa, tensa, viva, plena.

Era, en efecto, un Guerrero en la casi definitiva plenitud de su obra, a la que solo le quedaba lo que resultaría ser una fase final, alegre y conmovedoramente final, hacia 1990, llevada adelante por el pintor mientras estaba en tratamiento por el cáncer de médula ósea que padecía, un mieloma múltiple, como consecuencia del cual moriría pronto, el lunes 23 de diciembre de 1991, en el Hospital General de Catalunya, en San Cugat del Vallés, cerca de Barcelona.

En Barcelona vivía su hija, Elizabeth, Lisa, con su marido, el doctor José María Aubert Puigarnau, Pep, nacido en La Ametlla y crecido allí y en el Bajo Ampurdán, sobre todo en Torroella de Montgrí, y sus dos hijos, Allegra y Lucas, aún muy pequeños. Guerrero y su esposa, Roxane, habían ido a pasar las Navidades con ellos, en su casa de Barcelona y en la que tenían en Ullá, también en el Bajo Ampurdán. Precisamente, y más exactamente, el mieloma múltiple produjo a Guerrero la bajada de defensas que convirtió un resfriado que cogió en Ullá en la neumonía que acabó con su vida.

Allegra y Lucas eran los dos primeros nietos del artista, los únicos que llegó a conocer, dos Guerrero nuevamente españoles. Aunque mitad española por ser hija suya, Lisa era más estadounidense, aparte de serlo de nacionalidad.

Así es su hermano, José Antonio, Tony, que ha seguido viviendo en los Estados Unidos, en Nueva York y en State College, en Pensilvania, con su esposa, Debra, Debbie o Deb, de soltera Debra Peter, neoyorquina con ascendencia alemana e italiana, y sus dos hijos, Pilar y Daniel, dos nietos a los que ya no conoció Guerrero, que sí que conoció a Deb. No obstante, Tony ha viajado muy frecuentemente a España, a menudo con su familia, hasta hoy mismo, puede decirse que sintiendo cada vez más atracción por ella.

Sus padres se casaron en París en 1949. Su madre, Roxane, de soltera Roxane Whittier Pollock, nacida en Cleveland en 1914 y crecida en Filadelfia, era enteramente estadounidense, aunque muy sensible al mundo del que provenía su marido, a Europa, a España y a Granada, por no hablar del arte, de la pintura. No hace falta decir que fue una figura absolutamente fundamental en Guerrero.



José Guerrero ante la pintura que realizó durante la grabación del programa de Televisión Española *Trazos*, en Madrid, fotografía de Javier Campano, 1977. Archivo José Guerrero.

Roxane fue periodista, y trabajó largos años en *Life*. Murió en State College en 2000.

Lisa fue psicóloga, y como tal ejerció sucesivamente en Nueva York y en Barcelona, donde murió en 2009. Su marido, Pep, hoy jubilado, era ginecólogo allí, en Barcelona, además de serlo en el mencionado Hospital General de Catalunya, en San Cugat del Vallés.

Tony ha sido profesor de español y de cultura hispana en la Pennsylvania State University, en State College. Su mujer, Deb, arqueóloga en el American Museum of Natural History de Nueva York cuando la conoció, es consejera de finanzas en la actualidad.

Jubilado en este año 2021, Tony puede realizar la idea, que acariciaba para cuando llegara este momento, de vivir más tiempo en España, en el cortijo de San José, en el campo de Frigiliana, donde tan feliz fue tantos veranos con sus padres y su hermana, y con su abuela paterna, Gracia, y donde tan cerca tiene Granada y el Centro José Guerrero.

Muchos años antes de aquel final, o eso parecía entonces, y aún parece hoy por la cantidad y la calidad de la obra realizada entremedias, Guerrero había celebrado en mayo de 1976 su primera exposición antológica, en la Fundación Rodríguez-Acosta y el Banco de Granada, en Granada, bastante más que la ciudad en la que había nacido, como acertó a señalar un querido amigo de adolescencia y juventud, granadino como él, Miguel Olmedo, en el primer texto del catálogo, perfilando ese Guerrero esencial casi con más conocimiento de causa que nadie:

«Yo soy un trozo de roca arrojado al espacio» dijo de sí mismo Napoleón Bonaparte, con frase que no pretendía ser exacta más que desde cierto ángulo. Desde el mismo ángulo, podría decirse también de José Guerrero que es una roca lanzada al espacio. Hay en él un núcleo primario que ni el tiempo ni los espacios recorridos corroe ni desgastan. Un trozo de la Granada recóndita, íntima, ignorada de crónicas y memorias, irrecuperable salvo para los que pasamos el medio siglo. Granada de la Placeta de los Lobos, al borde de las huertas, entre el Carril del Picón y la Catedral, alrededor del colegio de los PP. Escolapios en la calle del Buen Suceso, en cuya capilla coincidimos con Pepe, por primera vez y sin saberlo, mi hermano Bernardo y yo. En un cuartillo de la torre de la casa de mis padres en la calle Hileras, Bernardo le descubre, en los años treinta, todo el arte moderno desde los impresionistas y Cézanne a Picasso y Miró. Yo he visto el estremecimiento de Pepe ante el primer choque con la gran música, su arrebato ante la poesía de García Lorca. En el año 41 sale para Madrid sin más bagaje que la fuerza íntima que lo lleva a descubrir y descubrirse, con esa extraña felicidad del artista para quien descubrir al mundo es descubrirse a sí mismo.

Pero lo importante no es acentuar el granadinismo de Pepe; eso es lo accidental. Lo esencial es la fidelidad a sí mismo, es decir, su verdad. Pepe es, ante todo, un hombre verdad. El éxito no lo ha corrompido. Este artista, que ha colgado sus cuadros literalmente por toda la tierra, desde Göteborg a Pretoria, desde Lisboa a Manila, que figura en los museos y colecciones públicas de todas las ciudades importantes de Europa y América, que domina varios idiomas, que se mueve en el mundo como en su casa, este hombre, reconocido como artista a escala mundial, sigue siendo lo que era. No ha necesitado disfrazarse, ni «sofisticarse» ni asumir «pose» de ninguna clase. Jamás ha renunciado a ser quien es, ni se ha negado a sí mismo, ni ha negado a los suyos ni a lo suyo.

Pepe Guerrero tiene el tacto áspero de la verdad, de la verdadera bondad, de la sinceridad, como tiene el rostro de la intemperie, donde lo sano prospera y lo débil quiebra [...].

Pepe es de las pocas personas que pueden permitirse ese lujo máximo: la naturalidad. Y su naturalidad, su localismo no disimulado no le ha impedido, sino que le ha facilitado el contacto con gente de todos los países y de todas las condiciones, el entendimiento esencial con todo y con todos los que merecen ser entendidos¹.

Dejando al margen posibles precisiones de detalle, la visión de Miguel Olmedo sobre Guerrero era la de su personal eterno retorno, por el que su constante ir más allá, tan lejos como la vida y la pintura lo llevasen, era un constante ir hacia sí mismo, iniciado muy pronto, cuando, continuaba Olmedo, «aún en Granada, rechazó con vehemencia la falsificación envejecida y mustia que se le presentaba como arte», y, en «una entrevista casual y decisiva, Federico García Lorca, después de escucharle, lo mira unos momentos y le dice: “Echa tus pinceles al aire y vete de Granada”»². «Desde entonces», proseguía Olmedo, Guerrero «busca lo nuevo, que no es lo distinto sólo por distinto, ni lo exótico ni lo raro sino lo verdadero, despojado y puro»; búsqueda hecha de laboriosidad y cálculo de artista, entendido como talento para «orientarse hasta dar con lo auténtico», en la que «Pepe vuelve a su infancia»:

Pepe Guerrero busca su infancia y con ello se reafirma como artista, si es verdad, como se ha dicho, que el artista es el hombre que no puede renunciar

1 OLMEDO, Miguel. Texto sin título. En: AMÓN, Santiago; DYCKES, William; OLMEDO, Miguel. *José Guerrero. Obra antológica*. Catálogo de la exposición. Granada, Fundación Rodríguez-Acosta, Banco de Granada, 1976, pp. 9-10.

2 *Ibid.*, pp. 10-11.



José Guerrero en su estudio de Nueva York, fotografías de Luis Pérez-Mínguez, 1980. Archivo José Guerrero.



a su infancia. Pero no la busca como evasión o «escapismo», para huir del presente, sino para traer la niñez al presente, hacer del presente, infancia, en cuanto contacto directo con el mundo sin interposición de sabidurías, tradición, convención, sin el velo de lo aprendido y envejecido. Por eso se ha dicho también de los artistas que nacen viejos y mueren jóvenes, porque toda su vida es el esfuerzo por conseguir la vuelta al estado original, al instante primero en que el mundo se desvela en su desnudez y su virginidad³.

Olmedo mostraba la trayectoria de Guerrero como un proceso radicalmente personal, aunque representativo del que se suponía que debía ser el de todo artista contemporáneo. No lo hacía de un modo histórico ni crítico, tratando de analizar lo que ese proceso había tenido de avance en la experiencia de lo moderno, con el expresionismo abstracto, que ni siquiera mencionaba, como circunstancia crucial. Pero sí en coherencia con el propio expresionismo abstracto, con su ideal de libre expresión de lo originario, de lo primigenio, del yo más primario y real, según lo observado, ante todo, en el propio Guerrero, en su personal versión. Era una versión o un desarrollo, más que lleno, hecho de una memoria que solo podía ser individual, imposible de transferir, y, finalmente al menos, feliz, optimista, positivo, constructivo; palabra esta última que gustaba mucho al pintor por corresponder a un sentimiento muy suyo. «Pepe Guerrero», afirmaba Olmedo, «fuerte, seguro, culto, sagaz, niño, [...] frente a sus lienzos, cada día, a lo largo de toda su vida, hace el mundo habitable para todos»⁴.

En realidad, el expresionismo abstracto había sido la nueva sabiduría mediante la que Guerrero había llegado a ser él mismo en su obra, uniéndose a él, haciéndolo suyo, llevándolo más allá en ese sentido puramente personal o individual, contribuyendo así, a la vez, a lo que tuvo de nueva tradición o convención; lo que puede decirse sin dar a estos términos —convención, tradición, incluso sabiduría— el significado negativo que les daba Olmedo, que no hablaba del pintor desde ninguna neutralidad, sino asumiendo su posición militantemente moderna, para la que eran términos, como mínimo, sospechosos, contra los que había que estar en principio. No dándoles ese significado negativo, hablarían de cierta posmodernidad históricamente inevitable, contenida en la propia modernidad, inherente a ella.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*



José Guerrero en su estudio de Nueva York, fotografías de Luis Pérez-Mínguez, 1980. Archivo José Guerrero.